



Sergio Bizzio
PLANET

INTERZONA

Sergio Bizzio

PLANET

INTERZONA

INTERZONA 2º ROUND

Y en este rincón:

Bizzio, Sergio

Planet / Sergio Bizzio. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos

Aires : Interzona Editora, 2015.

208 p. ; 22 x 14 cm. - (Segundo Round)

ISBN 978-987-3874-29-1

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

© Sergio Bizzio, 2001

By arrangement with Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K.,
Frankfurt, Germany.

© interZona editora, 2015

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Primera edición: Sudamericana, 1998

Coordinación editorial: Victoria Villalba

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Silvia Garrido

Composición de tapa: Victoria Villalba

Foto de tapa: *Planetas 2* © Mariano Galperín

Corrección: Bettina Villar

ISBN 978-987-3874-29-1

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

El mar estaba sereno. Parecía un espejo recién pulido. Y de pronto una nave extraterrestre golpeó la superficie con un ala, un alerón en realidad, una atrofia cromada de ala. Enseguida levantó vuelo de nuevo, describiendo una curva pronunciada, con un zumbido, y se perdió en el cielo. Este toque bastó para que el mar enloqueciera.

Al principio fueron apenas unas ondas inocentes. Después, en algunos lugares a la noche, en otros a la mañana, pero en todos al mismo tiempo, a pesar de las diferentes distancias, hubo tifones, tornados y maremotos. Las costas de medio mundo quedaron sumergidas. Incluso países sin salida al mar recibieron sus buenas salpicaduras. Pero una hora antes del comienzo del desastre ocurrió lo siguiente...

El señor José Durán, farmacéutico, leía el diario, con los codos apoyados en el mostrador, cuando entró un hombre a pedir Lexotanil, “todo el Lexotanil que tenga”.

José Durán levantó la vista y le miró la cara. El hombre que le había hablado era un hombre común, parecido a todos, con una de esas caras que se olvidan enseguida, incluso mientras uno las mira. Estuvo cinco segundos tratando de fijar la cara del hombre; no pudo. Después, por fin, le pidió la receta.

El hombre hizo un chasquido con la lengua. Acto seguido, sacó una pistola y se la apoyó en la frente.

Durán abrió un cajón y le dio todo el Lexotanil que tenía, unas veinte cajas.

El hombre pagó. Puso las cajas en una bolsa, guardó la pistola, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

A Durán se le cortó la respiración. Sabía que lo que había visto era cierto, pero no lo podía creer: el hombre no tenía espesor. O *casi* no tenía

espesor. Era plano, como una hoja de papel. Durán lo había visto con toda claridad cuando el hombre giró para irse: no tenía más que uno o dos milímetros de espesor. Retrocedió buscando apoyo con un brazo extendido. Antes de que alcanzara a tocar algo, se desmayó volteando la estantería.

La suerte de Durán —si le creyeron o no, si enloqueció— no nos interesa. Lo que importa es la suerte de Gustavo Denis, uno de los más grandes actores argentinos.

Gustavo Denis estaba ahora atado a una butaca giratoria en el interior de la nave, que se desplazaba a una velocidad imposible por el espacio. La velocidad era tal que por la ventanilla podía verse el paso de los astros, como árboles al costado de una ruta.

—¿Qué es esto...?! ¿Dónde estoy...?! ¿Quiénes son ustedes...?! —gritaba.

Lo rodeaban nueve hombres sin espesor. Estaban inclinados sobre él, formando un semicírculo, y lo examinaban atentamente. Un décimo hombre entró por la única puerta a la vista con un papel y un lápiz en la mano y fue derecho hasta donde estaba el actor. Pero uno de los nueve, un hombre pálido y de pupilas espejadas, lo detuvo con un gesto, haciéndole notar que sus intenciones no estaban a la altura de la situación. El décimo hombre lo aceptó: dobló el papel, guardó el lápiz, y pasó a engrosar la fila de curiosos.

—¿Se siente bien? —le preguntó a Denis el hombre pálido.

La pregunta quedó sepultada bajo los gritos de Denis.

—Tranquilícese, Gustavo... —insistió el hombre.

—¡Dios mío! ¿Estoy soñando?

—No...

—¿Quiénes son ustedes!?

Los diez hombres se miraron.

—¿Quiénes son!? ¿Dónde estoy!?

—En una nave espacial. Vamos de regreso a casa.

—¡No es verdad, no es verdad, esto no es serio!

—Sí. Esto es serio, Gustavo. Es *muy* serio.

—¿Estoy soñando...?

Le dieron unos calmantes molidos. Como Denis no paraba de gritar y además se negaba a tomar el polvo que el hombre pálido le ofrecía en la palma de una mano, tuvieron que agarrarle la cara y abrirle la boca a la fuerza. El hombre pálido dejó caer el fino polvo relajante en el interior de la boca de la estrella y luego otro hombre hizo lo mismo con el agua de un vaso. Todos se sonrieron, para sí mismos: nadie le sonrió a otro. Finalmente Denis se durmió.

Era de noche. Si todo iba bien, al amanecer estarían en Planet, un planeta ciento cincuenta veces más grande que la Tierra, aunque sin espesor, como su gente. Ocho de los hombres ya dormían en sus cuchetas. Otros dos, el hombre pálido y aquel que había pretendido un autógrafo de Denis, sentados en el suelo con las espaldas apoyadas en la pared, leían una antología de poetas argentinos que se habían robado en una librería del centro de la ciudad.

—Mirá qué lindo esto —dijo el pálido.

—Cuidado con lo que me vas a leer —amenazó el del autógrafo.

El pálido leyó:

El otoño ventea los ojos, el tiempo, la luz apretada y serena de la tarde, y el pastizal

se encoge y semeja un puma echado, soñando...

—¿Qué te parece?

—Muy lindo. ¿De quién es?

—Ricardo E. Molinari. Creo que es el mismo que escribió *Una sombra donde sueña Camila O'Gorman*. Se hizo una película con esa novela...

—No la vi. ¿Trabajaba Denis?

—Sí. Hacía de cura. Al final lo matan. A él y a ella. Los matan a los dos. Era una película para llorar.

Habían estado preparándose durante meses para la misión, estudiando los modismos idiomáticos, los nombres de las calles. Pero eran extraterrestres, podemos perdonarles esas pequeñas confusiones de actores

y escritores. Sobre todo porque eran miembros de la civilización más culta de la Creación. Leían a Shakespeare por placer desde que a uno de los dos Jefes de Programación del planeta Planet se le ocurrió mandar una misión a la Argentina para raptar a Denis... Eran los más capaces, los más inteligentes y los más sensibles. ¿A qué otro ser en el cosmos podía ocurrírsele robar un libro de poemas para leer durante el viaje de regreso a su planeta? Eso ya no tenía nada que ver con lo específico de la misión: eso era pura curiosidad, pura inquietud.

—Bueno, me voy a dormir —dijo el del autógrafo.

—Yo también —dijo el pálido.

Llegaron a Planet a las siete en punto de la mañana. No había nadie esperándolos: la misión había sido ultrasecreta. Bajaron a Denis atado a una camilla, todavía dormido, y lo llevaron derechito para la casa de Orozco, el Jefe de Programación.

Orozco tenía treinta y cinco años. Era dueño del palacio más grande y más cursi del planeta. Las paredes estaban forradas en terciopelo, allá y aquí había plantas y flores de tela fluida, columnas vidriadas, fuentes con nenúfares de plástico, picaportes de oro; un perro de porcelana con un moño de seda en la cabeza presidía la entrada del living.

El timbre hizo *ding dong* y Orozco en persona abrió la puerta.

—¡Bubbaloo! —dijo.

Bubbaloo era el hombre pálido. Se fundieron en un abrazo.

—¿Lo trajiste? —preguntó Orozco.

—Sí.

—¡Genial! ¿Y dónde está?

—En el Estudio 1. ¿Vamos?

—No, no, no. Mejor hacéme lo traer acá. Quiero hablar con él a solas.
¿Chilló mucho?

—Sí. Pero lo dormimos. Lo voy a buscar...

Bubbaloo salió y Orozco se frotó las manos. ¡Qué bien que la había hecho! Cuando se enterara el Padrino se iba a querer morir. ¡Ahora su telenovela iba a pasarle por encima a la telenovela del Padrino, la iba a dejar definitivamente atrás! Ya tenía el elenco completo, doce actores

y actrices de otros planetas, con Denis a la cabeza. “Orozco, el Zar”, se dijo, orgulloso. “Zar” rimaba con “festejar”. ¿Festejaba? Sí, cómo no iba a festejar un éxito así.

Fue hasta el bar, que a su vez rimaba con todo lo anterior, agarró una botella de vodka y un vaso y se sirvió un dedo. Tapó la botella. Volvió a destaparla y se sirvió otro dedo. Iba a servirse el tercero cuando de repente se vio en un espejo. Había engordado casi medio milímetro. Frunció el ceño. Bebió un dedo y, de perfil, sin dejar de mirarse, hizo una “s” con el cuerpo, como una serpiente asomada a una canasta.

Estaba en eso, una mezcla de coquetería y desconcierto, cuando entró Bubbalo seguido por un ayudante. Traían la camilla en la que seguía durmiendo Denis.

Orozco se inclinó sobre la cara del argentino.

Después de un rato, dijo:

—¿Pero qué le vieron a este?

—No sabe lo que es allá en la Argentina... —comentó Bubbalo.

Orozco lo observaba detenidamente, con su cara a centímetros de la cara del actor.

—Está maquillado todavía...

—Lo secuestramos en el camarín. Estaba grabando.

—¿Es agua de colonia lo que huelo? —preguntó Orozco—. ¿Es colonia barata?

Se hizo a un lado para que Bubbalo y el ayudante pudieran olerlo.

—En efecto.

—Bueno —dijo Orozco, volviendo a su euforia inicial—, desátenlo.

Lo desataron.

—Siéntenlo acá.

Lo sentaron en un sofá, con las palmas de las manos apoyadas sobre los muslos. La cabeza de Denis se inclinó dormida sobre un hombro. Orozco le puso debajo de la nariz el vaso de vodka y le dio unas cuantas palmaditas, todas en la misma mejilla.

Gustavo Denis reaccionó a medias y, con su tan característico tono adormilado, preguntó:

—¿Qué hay...?

Orozco se inclinó sobre él y le dirigió una de sus mejores sonrisas de amistad. Le dijo dónde estaba, le pegó una nueva cachetadita en la mejilla, le dijo: “soy Orozco”.

Denis sonrió triste.

—Me volví loco, ¿no?

—La gente es la que se va a volver loca —dijo Orozco—, las chicas, las señoras, las mujeres...

Denis tuvo un momento de serenidad. Ese momento duró apenas segundos, pero fue suficiente para que intentara ponerse de pie, para que pidiera por favor que le alcanzaran un teléfono, para hacer un puchero y para soltar una carcajada amarga. Después sí: estalló. Los gritos fueron tan potentes que en el Estudio 1, pegado al living, tuvieron que interrumpir la grabación de una escena. Por último, ya morado, se desvaneció.

—Caramba —dijo Orozco—, pasa lo mismo con todos. ¡Qué fragilidad! ¡Y eso que son estrellas!

—Debe ser feo ese momento. Cuando entienden que no están locos, cuando se dan cuenta de lo lejos que están del hogar.

—Vayan, Bubbalo, déjenme a solas con él.

Bubbalo y su ayudante hicieron una breve reverencia y salieron.

Orozco había hecho traer de unos planetas vecinos a tres mujeres y dos varones, y todos le habían dado el mismo trabajo, y más que nadie una de las mujeres, famosa en su planeta de origen por los senos y la veleidad. Pero ninguno de los cinco le dio tanto trabajo como Denis. Recién un mes y medio después de haber llegado a Planet dijo su primera frase razonable. Había pasado quince días gritando, diez días llorando y veinte días mudo, catatónico.

—Bueno... ¿entonces? —fue lo que dijo.

Orozco, feliz, le regaló un diamante.

Denis se lo llevó automáticamente a la boca. Orozco alcanzó a arrancárselo de la mano. Después giro hacia su asistente, Sugus.

—Le falta un poco todavía.

Sugus asintió en silencio. Orozco se sentó en el borde de la cama de hospital en el que estaban y le dijo a Denis, tan suavemente como pudo –tanto que se afeminó, tanto que empleó los tonos de quien engaña a un enfermo–:

—Ya te vas a poner bien. Quiero que sepas que podés hablar con tu familia y con tus amistades todas las veces que quieras. Pero, principalmente, quiero que sepas que vas a trabajar para mí durante un año, nada más. Después vemos. Esto no es para siempre. Gustavo ¿me oís? Si todo va bien, si hacemos más rating que el Padrino...

Denis tenía un nudo de acero en la garganta. Hizo fuerza y al final alcanzó a preguntar:

—¿Cómo?

—Que si hacemos más rating que el Padrino y vos te acomodás acá, si te sentís cómodo, que es lo que va a pasar, ya vas a ver, si hacemos más puntos que el Padrino y vos te sentís bien acá, en lo tuyo, te pongo una nave para que vayas cuando quieras. Vas, ves a tu familia y volvés.

—No quiero volver...

—¡Mejor! ¡Mucho mejor! Por mí quedate todo lo que quieras.

—¡No, no, no, no quiero volver acá, *acá*, digo, *acá*! Por favor... —gimió y se le hinchó una vena en la frente.

En la sala había un biombo. Creyendo que la enfermera estaba en ese momento detrás del biombo, Orozco extendió un brazo hacia allí e hizo un chasquido con los dedos, llamándola. Pero la enfermera estaba a su lado, ya se había vestido y tenía la jeringa lista. La apuntó hacia el techo y por la punta asomó una espesa gotita de líquido color ámbar. La sacudió en el aire, pero la gotita ni se movió: estaba realmente muy bien ensartada. Lo intentó una vez más, y nada. Orozco le dirigió un gesto de impaciencia; le había tapado la boca con una mano a Denis, y Denis se la mordía...

Lo durmieron de nuevo. Tres días después, cuando despertó, estaba curado, es decir, *dispuesto*.

Orozco le preparó un agasajo en su casa. Solo él y su señora, con Denis.

Almorzaron ostras fritas, pata de oso trufada, ensalada criolla y langosta a la javanesa. Bebieron champagne. Gustavo Denis estaba

muerto de hambre. Comió como un lobo, barriendo cada plato con un pedacito de pan. Orozco lo observaba y de tanto en tanto le dirigía a su señora una miradita de reojo, listo para disculparse ante ella por los modales de Denis, por los ruidos que hacía.

Pero la señora no lo miraba a él. La señora miraba a Denis, no podía quitarle los ojos de encima. Y no porque estuviera magnetizada por el asqueroso modo de comer de la estrella, al contrario: le resultaba encantador. Lo miraba y se estremecía. ¡Qué lindo era, con hambre, solo, sucio, lejos de su patria!

La señora de Orozco se llamaba Sabina y era ensayista. Su último trabajo se titulaba *Cómo elegir tu pareja, una guía para encontrar al hombre o a la mujer de tu vida*. El libro empezaba así: “¿No os parece extraño que algunas personas elijan tan acertadamente su pareja mientras que otras lo hacen rematadamente mal?”. En efecto, ella sabía que había elegido bien: Orozco era uno de los dos únicos hombres con poder en Planet. Pero había elegido mal en otro sentido: el dueño de su corazón no era Orozco sino un pobre camarógrafo negro y muy pijón que vivía en una casita a orillas de un lago de aguas transparentes, en la linde de un bosque de pinos, a treinta minutos de auto del centro. Se llamaba Cabsha y no tenía nada aparte de la pija y la casita. Últimamente, sin embargo, estaba pagándose la adquisición de la cámara, gracias a que Orozco, que tenía una filosofía empresarial moderna, les daba a sus empleados la posibilidad de ser dueños de sus herramientas de trabajo. El asunto es que Sabina y Cabsha estaban locamente enamorados. Por supuesto, Orozco no sabía nada. Era brutal con las mujeres que lo engañaban. A las tres mujeres anteriores les había clavado un lápiz afilado en el corazón.

Sabina no le quitó a Denis los ojos de encima hasta que el almuerzo terminó. Nadie había dicho una sola palabra, aunque habían pensado mucho. Después salieron los tres a dar una vuelta por el jardín.

—¡Ah, qué bien comí! —dijo Denis.

Orozco se sonrió y le palmeó la espalda:

—Así me gusta, muchacho —le dijo en tono paternal—. Apenas se te borren las marcas de las correas empezamos a grabar.

Denis tenía marcas violáceas en las muñecas y en el cuello. También en los tobillos, pero eso no se le iba a ver. Todavía rengueaba un poco con el pie izquierdo, por una llave tremenda aunque sin malicia que le había hecho Bubbalo una semana atrás. Estaba ojeroso. Tenía partido al medio el labio inferior y se le había caído un diente. Olía como un perro muerto que nunca se bañó en vida. Tenía las uñas largas y sucias y el pelo grasoso y pegoteado. Pero no se lo veía mal, excepto cuando se esforzaba por sonreír. La sonrisa lo desfiguraba, bastaba con que sonriera para que el espanto se desplegara como un abanico sobre su cara.

Sabina oyó el timbre, giró hacia la casa y dijo alegremente:

—Permiso, vienen a traerme el placard.

Denis y Orozco siguieron paseándose por el jardín, que parecía interminable, hablando de esto y de aquello, de la vida en general, mientras los sirvientes, hombres y mujeres, blancos, negros, amarillos, jóvenes y viejos, se multiplicaban. Entraban y salían de todas partes... Uno de ellos, sobre el fin del día, llevó a Denis hasta la residencia en la que viviría de ahora en más. Orozco lo despidió con un beso en cada mejilla y los ojos húmedos. Estaba orgulloso de haberlo contratado. Apenas Denis le dio la espalda, Orozco golpeó el aire con un puño y dijo algo entre dientes, feliz. Tenía una erección. No una erección sexual: una erección empresarial que preanunciaba el triunfo en las mediaciones de audiencia y que, por supuesto, esperaba no ser defraudada. Además era un atardecer hermoso: una rosa negra se abría en el cielo.

Como todo el mundo sabe, en el planeta Planet no había más que dos canales: el Canal Orozco y el Canal Padrino. Cada canal transmitía su propia telenovela, de diez horas de duración diarias, con intervalos de una hora entre hora y hora, durante los que se emitía la imagen de un pájaro volando libre en la llovizna con un fondo de música new age. Hacía siglos que no tenían un presidente o un primer ministro. Como ya se dijo, solo dos personas tenían poder real en Planet: Orozco y el Padrino. Competían a muerte. Un año ganaba uno, al otro año ganaba el otro, y así sucesivamente. Hasta que a Orozco, que era más joven,

más impulsivo, más arriesgado, se le ocurrió la idea de formar un elenco con actores de otras galaxias. Puso un equipo de guionistas a trabajar y preparó la misión espacial que concluyó como ya sabemos. Los guionistas tenían escrita la historia de la telenovela intergaláctica, unos ochenta capítulos.

Empezaron a grabar el lunes siguiente al lunes de aquel paseo por el jardín. Orozco lanzó las promociones ese mismo día, para que fuera toda una sorpresa. La emisión del primer capítulo fue un boom. Todo el mundo miró el Canal Orozco ese día, y al término del programa la gente salió a las calles espontáneamente a encontrarse con los vecinos para comentar el suceso.

Denis se había lucido. En un solo día arrancó más suspiros que nadie en toda la historia del canal. La telenovela se llamaba *Donde hubo fuego*, y contaba las vidas de dos familias enfrentadas, los Rodríguez y los Urubúmbum. El señor Urubúmbum había engrampado al señor Rodríguez en una defraudación multimillonaria y a Rodríguez lo habían metido preso. El problema era que la hija adolescente de Rodríguez y el hijo adolescente de Urubúmbum se amaban con toda el alma. Era una historia de Montescos y Capuletos, desde luego. Ahí estaban todo el tiempo los padres tratando de separar a los hijos, en fin... Denis hacía de adolescente, era el hijo de Urubúmbum. La chica era una actriz bastante buena también, raptada de un planeta muerto: su nombre real era Tina del Valle, tenía un solo ojo, un solo labio, una sola teta, era calva como una bola de billar y los productores del programa tenían que estar todo el tiempo entre bambalinas soplándole la letra, porque carecía casi completamente de memoria.

Esa noche hubo una fiesta, con premios, cheques en blanco, regalos y discursos de toda clase. Estaba todo el canal, cada cual con su erección, que ya era como una credencial. Los flashes de la prensa del planeta entero iluminaban como una llamarada el lugar, cuando de pronto hubo un estruendo y no se habló más.

El Padrino, rabioso, en el palacio vecino, había dado tal patada en el suelo que había agujereado el planeta. No olvidemos que Planet era

plano como una hoja de papel. Por el agujero se veía el espacio infinito, con un montón de estrellas celestes titilando allá y aquí. A sus 65 años, el Padrino tenía aún la fuerza de un ejército en cada puño. A pesar de eso, era un hombre sin carácter y sin personalidad. Tenía las antenas apuntadas en todas direcciones y estaba siempre listo para birlar la primera idea más o menos original que llegara a su pantalla, viniera de donde viniese.

—¡La concha de la lora! —dijo. Su secretario lo miraba con los ojos abiertos como platos—. ¡Tengo un millón de parabólicas barriendo el universo y resulta que el idiota de Orozco me gana de mano! ¿Cómo se entiende eso? ¿De dónde la habrá pescado? ¿Se le habrá ocurrido a él, capaz?

—Es probable, señor —se atrevió a decir su secretario, un travesti que retomaba su aspecto de varón para ir a trabajar.

—Averiguame ya mismo todos los datos de ese Denis —ordenó.

El travesti regresó una hora después.

—Es argentino —dijo, leyendo con cierta dificultad su propia letra en un papel.

—¿Qué es argentino? —interrumpió el Padrino.

—Denis, señor. Es un país. Queda en... a ver... en la Vía Láctea, al sur de Las Pléyades.

—¡Qué más, qué más!

—Se hizo de abajo.

—¿Cuánto le están pagando?

—No quisieron decírmelo, señor. Pero hicieron un gesto como si...

—¿Mucho?

—Más bien como si lo estuvieran haciendo trabajar gratis, señor. Algo que a mí, si me permite, me cuesta creer. No obstante...

—¡Basta, basta! —gritó el Padrino.

Agarró un habano, le mordió la punta y se la escupió —sin querer— en un ojo al pobre secretario, que se puso a chillar como una rata. La esquirla de tabaco le había perforado un ojo. Cuando al fin pudo quitársela, oyó la propuesta de imitación más osada que hubiera oído nunca.

El Padrino sacó un brazo por el agujero y apuntó con un dedo hacia lo oscuro.

—¡Tráiganme uno a mí también!

—¿Perdón?

—¡Quiero un actor argentino para competir con Denis!

El secretario salió de inmediato. Estuvo toda la noche y buena parte del día siguiente tecleando en las computadoras de la central de datos. Imprimió el resultado y regresó al palacio del Padrino.

Tenía una lista de alrededor de cien grandes actores argentinos. La leyó despacio, con voz clara, acentuando los nombres, las fechas y los éxitos: el currículum completo de los cien. Fue una larga jornada de trabajo. Descartaron nombres a conciencia. ¡Eran todos tan buenos!

—Ya lo tengo —dijo finalmente el Padrino recostándose satisfecho en el respaldo del sillón—: Osvaldo Kapor.

Estaba tan contento que en el acto se quedó dormido. El secretario travesti se deslizó fuera de la oficina en puntas de pie.

Una semana después la nave estaba lista. Los tripulantes: el secretario travesti y su amante. Los acompañaban tres especialistas en hibernación, ya que, de acuerdo con su currículum, Kapor era muy musculoso y, por lo tanto, había que transportarlo congelado, no fuera cosa que uno de los principales atractivos del actor se disolviera durante el viaje. ¡Sabían tan poco sobre la musculatura de la estrella estos planetienses!

Despegaron un miércoles y volvieron un domingo...

El programa de Denis iba cómodo a la cabeza. Como el Padrino no tenía nada que perder, hizo, mientras duró la misión, unas promociones estupendas y muy bonitas, muy bien musicalizadas, sobre la próxima llegada del actor argentino. Así que a esta nave la recibió una multitud.

Los corazones de la gente estaban con Denis, pero les había picado la curiosidad. Sí: eran incondicionales de Denis; en apenas una semana Denis ya era una gloria: no podía ni caminar por la calle. La gente, con él, tenía por fin todo lo que había querido y más, mucho más: el pelo, la dicción, la tristeza. De todos modos, se hicieron una escapadita para ver cómo era el otro.

Kapor bajó la escalerilla tiritando pero muy sonriente. Saludaba con los brazos en alto. Vestía una camisa hindú con muchos arabescos en naranja y rojo, un jean gastado y botas texanas. Un reflejo de la cruz de oro que llevaba colgada al cuello encegueció por un momento al Padrino, que se había acercado a la escalerilla para recibirlo en persona.

El Padrino, juguetón, se agachó, le guiñó un ojo y le clavó un dedo en el estómago. No sin gracia, dijo:

—¿Osvaldo Kapor?

Kapor se palpó los bolsillos traseros del pantalón, buscando algo con que firmarle un autógrafo. El ademán fue malinterpretado por los doscientos soldados de la guardia personal del Padrino, que en el acto le apuntaron con sus pistolas. La música que tocaba la banda patinó. Por suerte el Padrino tenía buenos reflejos:

—¡Tranquilos, tranquilos! —gritó—, ¡bajen las armas, no pasa nada!

Se hizo un silencio.

Después, por fin, Kapor y el Padrino se fundieron en un abrazo. Y la multitud aplaudió.

Cuando le contaron a Denis lo bien que se había portado Kapor no lo pudo creer. ¡Cómo! ¿No se había resistido? ¿Había bajado como un ídolo, estaba contento de estar acá?

Para colmo, Orozco, que fue quien le relató los pormenores de la llegada de Kapor, y a quien Denis había hecho perder un mes y medio con sus pataleos, comentó en voz baja:

—Qué hombre...

Denis se sintió un poquitín herido, como si acabaran de clavarle la punta de un cuchillito. No obstante, se hizo un lugar en la cabeza para pensar que lo de Osvaldo era una artimaña: seguramente Osvaldo, sabiéndose perdido, había optado por simular desesperación a fin de...

Pidió hablar con él.

Orozco accedió. Llamó por teléfono al Padrino —tenían una relación cordial a pesar de todo— y le dijo, adrede, que “su estrella” quería encontrarse “con Kapor”. El Padrino ni se inmutó.

—Pero cómo no, querido —le dijo.

—Podría ser hoy mismo ¿no? —propuso Orozco—. Lo tengo bastante ansioso al muchacho. ¿Cómo quieres que hagamos, vamos nosotros para allá o vienen ustedes para acá?

—Vengan ustedes —dijo el Padrino—. Pero hoy no, mañana. Osvaldo está muy cansado por el viaje y se tiró a dormir un rato. Después tiene una rueda de prensa y más tarde mi esposa y yo lo vamos a llevar a pasear, le queremos mostrar los estudios y la ciudad. Dense una vuelta mañana a la noche. De paso comemos algo.

—OK —dijo Orozco—. Llevo el vino. —Y cortó.

Estaban en la casa de Denis. Orozco le había dado una de las mejores del país. Era una casa de dos pisos estilo californiano, con sauna, pileta de natación, quincho y parrilla. Estaba puesta a nuevo. Denis tenía una mucama, un jardinero, un chofer y un secretario a su disposición. ¿Qué más necesitaba para ser feliz? Nada. Y sin embargo ¿por qué seguía ojeroso, tembloroso, por qué seguía mostrándose tan irritable? Lo de él había resultado, era un éxito increíble, en su planeta jamás hubiera soñado siquiera con ser una estrella tan grande como había llegado a ser en este: la gente por la calle lo miraba con respeto y devoción, como a un dios.

“Le va a hacer bien hablar con Kapor”, pensó Orozco. Y dijo:

—Nos esperan mañana a la noche.

—¿Hoy no? ¿Hoy no? —preguntó Denis.

Orozco le palmeó afectuosamente una mejilla.

—Mañana —susurró mirando la hora en su reloj—. ¡Epa! Ya son las cinco y treinta y cinco. No te olvides que a las seis tenés otra escena.

Denis se derrumbó en un sillón. Apoyó un codo en el guión del día —de trescientas páginas— y dejó vagar la vista por la casa, oscilando hacia allá, hacia acá... mientras lágrimas livianas y cristalinas se empantanaban en sus mejillas maquilladas.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA